

CASUALIDADES Y CAUSALIDADES DE UNA VIDA

Por Débora Quiroga

La vida nos lleva a sus casualidades o a sus causalidades. Hoy tengo la oportunidad de escribir una parte de mi historia, gracias a la casualidad de que mi profesora de francés, además de ser tan linda persona, tiene este semanario y me da la oportunidad de ser ayudada desde la escritura. Y otra casualidad de la vida, una psicóloga que conocí en el lugar menos esperado, me dijo que necesitaba escribir mis logros, para poder verlos de alguna forma, porque yo con mis 35 años no los puedo ver y mucho menos valorar.

Yo creo que contar esta parte de mi vida, puede servir de ejemplo de perseverancia (supuestamente dicen eso de mí) y de fe.

Desde pequeña la vida me ha puesto a prueba, yo jamás digo que la vida es color rosa por esas pruebas, solo digo como una especie de auto consuelo: "las cosas pasan por algo".

Crecí en una familia disfuncional, (que familia no lo es, je). Mi vieja (Mónica) era prostituta y mi papá vivía trabajando en los taxis. En base a lo que, hacía ella, sufrí abusos sexuales con 5 años, sé lo que es la cocaína de pequeña (jamás consumí), he visto violencia física como verbal, crecí escuchándola maldecir a las personas, al mismo Dios (que amo tanto), diciéndome que mi padre no era mi padre, alabando a San la Muerte y esas creencias, con esos ejemplos no buenos para una niña. Hoy como adulta me doy cuenta que ese "cliente" que abusó de mí, me robó muchas cosas que me servían para la vida, me quitó la autoestima que siempre necesité para afrontar situaciones de las que hoy me arrepiento de no haber tenido una, me quitó las ganas de vivir que a veces me falta, me quitó esa esencia de una niña normal que juega con otros niños, jamás pude ser una niña así por vergüenza, por retraimiento. En fin, cuando digo que me quitó las ganas de vivir, es porque desde pequeña siempre tuve pensamientos suicidas y de adulto tengo una depresión latente con la que lucho a día.

Pero gracias a mi abuela materna que me cuidaba todos los fines de semana, pude saber lo que es tener una madre o lo más parecido a una. Gracias a esa abuela pude mamar valores y tener de ejemplo a la persona más fuerte que he conocido en mi vida. Pero también estoy agradecida con Mónica, porque hoy yo, soy mamá de 4 niños pequeños y gracias a todas las cosas viví en mi infancia, sé la madre que no quiero ser para ellos.

A los 17 conocí al padre de mis hijos, con él terminé de crecer, tampoco de la mejor forma, pero bueno. Voy a contar solo lo que más me marcó porque no alcanzaría las hojas por todas las historias que viví. Hace seis años mi vida cambió rotundamente, por un incendio donde perdimos todo con mis hijos y su

papá. El perderlo todo y terminar solo con el pijama que tenía puesto esa mañana, no fue la peor parte, sino después. Además de renacer como quien dice de las cenizas, vivimos de las donaciones de quienes nos rodeaban, que supuestamente nos ayudaban. Para mí, ponerme ropa ajena por más que me la habían regalado, me hacía sentir que no era yo, como que una parte de mí también se incineró ahí. Viví por años incómodamente en un garaje de forma precaria y aguantando además los roces de la convivencia de quienes vivían en la casa de ese garaje.

Y hace 4 años sufrí un accidente, donde me tocó la peor parte: no tan grave pero bueno, resulté con un hematoma subdural y una clavícula fracturada. Ese accidente puso a prueba mi forma ser, de alguna forma. Durante meses tuve ese hematoma, esperando que se desintegrara solo, en el momento del accidente perdí por horas la conciencia y por días el conocimiento porque no recuerdo 5 días de mi vida y eso realmente me molesta, porque me gusta tener el control de mi vida y esos días no sé qué pasó. Pero de esta prueba podría valorar que a pesar de sentirme por meses desorientada y con una especie de resaca sin haber bebido por el chiquitín en mi cabeza (así llamaba al hematoma), en esos meses decidí inscribirme una vez más a la tecnicatura en quirófano, una vez más porque en el mismo mes que fue el incendio, que fue un 22 de diciembre (las fiestas más tristes) y feliz de mi vida: feliz porque estaba con mis 4 hijos- a pesar de todo- y parece que no debía entrar a esa carrera.

Volviendo a que me fui a inscribir en esas condiciones, durante la espera para entregar la documentación, la vida me cruzó con una enfermera (que se iba a anotar en la licenciatura en enfermería que estaba en ese momento) y se me puso a hablarme (y a mí que me encanta hablar) sobre su loable trabajo. Y entonces en el momento que me llaman para entregar la documentación, la chica que la recibía me pregunta si quería anotarme en otra carrera y yo sin pensarlo respondí que sí, sin haberlo decidido antes de entrar a esa facultad que desde el primer momento que entre me enamoré de ese edificio. Así fue como mi vida cambió una vez más, y hoy puedo decir que soy enfermera profesional y que me costó llegar a ese título con los trajines de los horarios de las escuelas de mis niños con los de la facultad. Me costó de manera particular desde el primer momento rendir los exámenes de ingreso, con esos mareos y con mi hija de 13 años acompañándome al pre (porque a veces me desorientaba en espacio). Aún sigo estudiando, estoy en mi cuarto año de la licenciatura y sigo adelante por el hecho que quiero dejarles ejemplos y herramientas para la vida a mis hijos. Porque después de todo se hacen sacrificios por los hijos. El mío es vivir.

Finalmente les puedo decir, que a pesar de todo eso yo jamás le eché la culpa a Dios; es más me acerqué más a él, sintiéndome siempre con su protección. Desde el incendio formo parte de una comunidad parroquial, tomé la comunión por decisión propia, a mis 31 años y hoy en día doy catequesis familiar y siento que ayudo a las personas, no solo estando para las necesidades de quienes más necesitan sino también cuando doy catequesis y escucho historias de vida a partir de las reflexiones de las citas bíblicas con las cuales trabajo, aconsejo desde mis experiencias y golpes de vida.

Hace un tiempo, la parroquia nos hizo ir a una charla-capacitación sobre abuso infantil de carácter obligatorio. Y otra casualidad o causalidad de mi vida es que en esa charla me cayó la ficha de porqué fui esa niña rara que fui. Y era por todo lo que ese "cliente" de mi madre me había robado. Jamás en mi vida pensé que era por eso, la habré contado menos de 5 veces esa experiencia que me daba vergüenza y me hacía sentir sucia sin tener la culpa, pero en esa charla también conocí a esa psicóloga que me vio con los ojos que yo no puedo verme todavía. Me vio como me ve mi mejor amiga: supuestamente soy fuerte y perseverante, no sé si es tan así porque me siento todo lo contrario. Escribir supuestamente es parte del proceso de sanación de algo que jamás pensé que había que sanar. Esa enfermera, esa psicóloga, Julieta Ruiz Díaz y muchas personas que no he nombrado, son como ángeles: son esas personas que te abrazan con empatía , algo tan importante y necesario en nuestra sociedad.